

ANTOLOGÍA POÉTICA

ANTOLOGÍA POÉTICA

PABLO ANTONIO CUADRA
MANOLO CUADRA
FERNANDO SILVA
IDA VITALE
CARLOS GERMÁN BELLI
ANA MARÍA RODAS
BENJAMÍN RAMÓN
ALFONSO KIJADURÍAS
OMAR LARA
WALDO LEYVA
HAROLD ALVARADO TENORIO
ROBERTO ARIZMENDI
FRANCISCO DE ASÍS FERNÁNDEZ
GLORIA GABUARDI
JAVIER CAMPOS
GIOCONDA BELLI
MARCO ANTONIO CAMPOS
PAOLO RUFFILLI
OSWALDO SAUMA
DAISY ZAMORA
LEDA GARCÍA
CÉSAR BISSO
STEVEN WHITE
MARILDA CONFORTIN
RODOLFO HÄSLER
MILAGROS TERÁN
LETICIA LUNA
LUIS CHAVES
JUAN ARMANDO ROJAS JOO
MARTHA LEONOR GONZÁLEZ
FRANCESCA RANDAZZO
JAVIER PAYERAS
CARLOS PARDO



MANUSCRITO EN UNA BOTELLA

Yo había mirado los cocoteros y los tamarindos
y los mangos
las velas blancas secándose al sol
el humo del desayuno sobre el cielo
del amanecer
y los peces saltando en la atarraya
y una muchacha vestida de rojo
que bajaba a la playa y subía con el cántaro
y pasaba detrás de la arboleda
y aparecía y desaparecía
y durante mucho tiempo
yo no podía navegar sin esa imagen
de la muchacha vestida de rojo
y los cocoteros y los tamarindos y los mangos
me parecía que sólo existían
porque ella existía
y las velas blancas sólo eran blancas
cuando ella se reclinaba
con su vestido rojo y el humo era celeste
y felices los peces y los reflejos de los peces
y durante mucho tiempo quise escribir un poema
sobre esa muchacha vestida de rojo
y no encontraba el modo de describir
aquella extraña cosa que me fascinaba
y cuando se lo contaba a mis amigos se reían
pero cuando navegaba y volvía
siempre pasaba por la isla de la muchacha de vestido rojo
hasta que un día entré en la bahía de su isla
y eché el ancla y salté a tierra
y ahora escribo estas líneas y las lanzo a las olas en una
botella

porque ésta es mi historia
porque estoy mirando los cocoteros y los tamarindos
y los mangos
las velas blancas secándose al sol
y el humo del desayuno sobre el cielo
y pasa el tiempo
y esperamos y esperamos
y gruñimos
y no llega con las mazorcas
la muchacha vestida de rojo.

(De *Cantos de Cifar y del Mar Dulce*)



MANOLO CUADRA

Granada, Nicaragua (1907-1957)

POESÍA

LA PALABRA

Pensar que tantas veces
estuve cerca, muy cerca de tu lado.

Las palabras rodaban sobre el tema,
sin entrar,
como el agua en las piedras.

Quizá hasta deseabas
que yo dijera la expresión precisa.

Los minutos propicios se malograron,
se malograron en mi lengua,
culpa de las palabras
que no fueron precisas.

La frase preparada tanto tiempo
no pudo conservar el equilibrio
y se dejó caer en el abismo
–volatinera del silencio–.

Pensar que tú esperabas la palabra
como la madre al hijo
que un día dejó el puerto...

Pensar que tú esperabas la palabra
y que yo nunca, ¡nunca te la dije!



FERNANDO SILVA
Granada, Nicaragua (1927)

CUMPLEAÑOS

Los números tienen la forma
de raicillas
de retorcidas formas vegetales
que están en la tierra –son de la tierra–
y de la tierra salen como datos
en tiempo preciso o intemporal.
Los números son el misterio
de signos viscerales del tiempo.
Se olean, se colorean, se hacen ángeles
flacos, hebrosos
o diablos retorcidos entrelazados,
o serpientes vivas reptantes,
o significados grabados de sentencias
horribles condenadas; infiernos de sistemas
contables, cálculos, pero también,
Dios es grande, también pueden ser
el simple número de los años, la edad de algún
hombre
que cumple años, muchos años de vida
y todavía –qué cosas–
pasa contento.



LUZ DE LA SOMBRA

Michael Drayton, poeta inglés,
para cantar pedía
cosas bravas, traslunares
y una fina locura en el cerebro.
¿Nacencia en el naufragio,
apotegmas violentos de la fiebre
para irrumpir
—a toda luz o toda sombra—
en el azogue de la profecía?

Una hechizada aguja enhebra
lucidez y delirio
en el jardín de Nicaragua
donde Alfonso Cortés,
encadenado y libre,
pasaba un plumero celeste
por los rincones del poblado cielo,
a cuya sombra pastan
persuasivos, los cuerdos,
a cuya preguntada luz,
en el descanso de la superficie
sube, desde un ramo de ruina
el prodigioso loco,
su palabra cortando la ceniza,
mientras mayan los ruidos de la tierra.



CARLOS GERMÁN BELLI

Lima, Perú (1927)

POESÍA

ASIR LA FORMA QUE SE VA

Hay quienes creen en la Divinidad, únicamente acosados por el pavor ante la posible nada. Igualmente hay quienes adoran la forma artística ante el temor de que termine por desintegrarse para siempre. Pero en este caso la angustia no es la única causa, sino que a la vez hay una tácita devoción, tan antigua como los propios objetos estéticos. Es la fe en la forma, no por el riesgo al vacío, sino por el puro placer de disfrutarla. Igualmente como cuando se adora a la Divinidad por sí misma, y aun si no existiera. En realidad, ni espuria ni imputable a barrocos o parnasianos decadentes. No hay que avergonzarse de ella. No hay que reducirla a la postración. Obrar así no es otra cosa que renegar de nuestro continente. Porque los cuerpos en que moramos también poseen un contorno, también una estructura donde se encuentran en perfecto orden y concierto los secretos órganos vitales. Aferrémonos a ella, como nos aferramos a nuestra forma corporal, ante el embate del tiempo, ante la aproximación de la ineludible muerte.



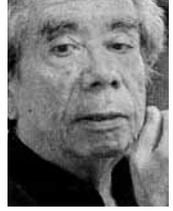
ANIMAL QUE DESPIERTA

Soy la gata que camina dentro de mí
conmigo
las leves zarpas afelpadas.
He bajado por el río
conservando el gusto por la caza
los ambiguos maullidos.

Cuando cierro los ojos atravieso los siglos.

Las arenas le dieron el color
a esta piel suave que esconde
una flor mojada entre las fauces
el oro egipcio se ve reflejado en la pupila
de esta gata
que demasiadas veces
recuerda su verdadera condición de fiera.

La Reina de Saba habría dado la mitad de sus tierras
por tener estas garras.



BENJAMÍN RAMÓN

Colón, Panamá (1939)

POESÍA

LA CORBATA

Papá era obrero de la construcción.
Papá era mecánico de autobuses.
Papá era constructor, albañil.
Papá era chofer y camionero.
Papá era carpintero y artesano.

Recuerdo qué alto volaban
sus cometas
a principios de año.

Era un soñador.

Apenas se puso una corbata
se murió,
qué vaina



ALFONSO KIJADURÍAS

Quezaltepeque, Salvador (1940)

EL POVENIR

En la calle se establecieron fúnebres negociantes.
De las carnicerías el tufo de mil bestias degolladas inundó
la mañana de
nuestra primera infancia.
La sangre corrió en los circos y las embarcaciones.
En la casa de Dios. En los altos edificios aún chorreantes,
los niños contemplaron las extrañas imágenes.
La sangre corrió. Los vendedores de pólvora, los traficantes
de armas
celebraron con pompa el próspero suceso. En la casa
del ministro, el general aderezaba los muslos de Efigenia.
El sol negro reventaba en el arco del triunfo. La reina,
la Maga, la que siempre nos ocultaba el porvenir, dijo
por fin que el fin del mundo había comenzado.
Pero esta vez no había embarcación.
El mar estaba seco. Todo era ruinas, miserias, tempestad.
Las visiones de San Juan brotaban de los ojos del animal
de mil cabezas.
No apareció la liebre aquella mañana ni dijo su plegaria
el arcoiris a través de la tela de araña. El porvenir
apenas había comenzado.
Revientan las estrellas.



OMAR LARA

Nueva Imperial, Chile (1941)

POESÍA

COMO SE HACE UNA TARDE

Éramos dos libélulas en
torno al dulce vino
Éramos dos libélulas
en la tarde quietísima
Volábamos
 Volábamos
Enredadas las alas

En la música antigua
Yo contaba tu sueño
Ese que me soñaste
Ese sueño de mí
construyéndome en ti
Volaba el vino antiguo y yo
lo trasegaba
En la boca de quién en el
aire de quién

Éramos dos libélulas
trastornadas y ciegas
Mientras la tarde armaba
su pedestal ubérrimo
Su escalera su trino su
nostalgia su plan
Su secreta artimaña

La tarde nos hacía a su
amaño y su gracia
Nos besó y nos bendijo
Nos tomó de la mano nos
condujo nos hizo
Brevemente tan sabios
como esas dos libélulas
Que demoran su vino en la
tarde estancada.



AUTODISCURSO

Nadie puede pedirme que me calle,
que me muerda la lengua,
mi silencio es peor que las palabras.
Dejadme hablar,
dejadme que me saque del pecho cada grito.
Que a nadie resulte inconveniente lo que digo.
Hay palabras como sueño

utopía

porvenir

que cuando caen,
se te vuelven veneno en la garganta
y te amargan la lengua
y te rompen el pecho.

Aunque quede vacío para siempre
nadie puede pedirme que me calle.

**M.M.C.**

Miro tu rostro
Imagino que habríamos sido
felices
si fuera joven
como tú,
sin un pasado,
sin las convicciones que
compramos al tiempo.

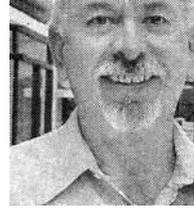
Miro tu rostro
y confirmo
que nada tiene ya sentido:
tu hermosura debería ser mi sal
de cada día,
tu juventud me haría vivir otros
veinte años.

Miro tu rostro
y me pregunto:

¿Quién estableció esta rutinaria separación de edades?

¿Quién la fidelidad como hierro inamovible?

¿Quién nos quitó la realidad
y sólo nos dejó el deseo?



ROBERTO ARIZMENDI

Aguascalientes, México (1945)

DESPEDIDA

Cuando alguna vez no llegue a casa
no podrás soportarlo.

Si alguna vez no llego,
puedes estar segura
que decidí amar
hasta la libertad
o hasta la muerte.



FRANCISCO DE ASÍS FERNÁNDEZ

Granada, Nicaragua (1945)

MONÓLOGO INTERIOR

Nadie es mi alma
y está estropeada por la virtud.
Me metí en una novela equivocada
y quise cosas que no eran para mí.
Me vi en el espejo cuando mi rostro perdió el sentido
y miré el sentido cuando mi rostro perdió el espejo.
Me siento viejo y estafado
por las rosas inquietas de mis pensamientos.
Ya tengo el veneno de la vejez
y el rostro me lo veo cenizo, inexplicable y misterioso.
Hubo una tormenta en la tierra y hay un olor fresco en el cielo
y solo mis pensamientos arañan y torturan a las mariposas.
¿Lo que deseamos es lo que debemos ser?
¿Lo que debemos ser es lo que somos?
La vida es un lecho de rosas sangre.
Total: la poesía que viví no me hizo escalar el Kilimanjaro
ni me arrojó a los lugares secretos del mundo.
Me perdí a mí
y quiero perder la religión
que ve los atardeceres con los ojos cerrados.
Realmente Dios trabaja de manera misteriosa y hace maravillas:
te oculta todo o te revela todo frente a tus ojos:
aquí, los humanos se transforman en animales,
allá, ves que entre el hombre y el tigre vive el dragón,
allí, en medio de la noche, entre brumas y misterios,
nos acariciamos como lo hacen los caballos y las yeguas:
topándonos con las cabezas y mordiéndonos el cuello,
acullá, nos deshacemos de las mosquitas muertas
que hablan de cuerpos desnudos con palabras vestidas
porque queremos pezones púrpuras y sexo ardiente y sucio,
aquí, me rebelo cuando el matrimonio domestica lo salvaje,
y allá, por fin, nos damos cuenta que el corazón es sencillo
y que repararlo es lo complicado.



GLORIA GABUARDI

Managua, Nicaragua (1945)

POESÍA

REINO DE PALABRAS

Quiero tener un reino de palabras
o un río de palabras
que arrastre la desdicha humana
que haga raíces en mi alma
y la transformen en Argonauta
Quijota de los mares de la fantasía
valiente soñadora de la Libertad.

Un reino de palabras
que me haga trastocar
el movimiento de los pájaros en sus ramas
y que me transmita el color de una estrella
el olor del viento
la espiritualidad de la pasión de los hombres.

Un reino de palabras que me haga conocer
al ser humano, los mares y los astros
para juntar mi alma con mi cuerpo
y así complacer mi carne.

Quiero un reino de palabras para mi alma
como quiero una Patria inmensa para mi corazón
libre como la soñamos todos.
un reino de palabras que me seduzcan
y que se desgranen entre mi lengua
como laberinto de perlas
en un atardecer de mi Patria.

Un reino de palabras o un río de palabras,
que se desborde y arrastre todo lo que encuentre

que sea fuego fatuo entre mi boca
pasión devoradora de mis sueños.

Que me encandile los labios
que me entregue las llaves de la imaginación
de las islas de los colores y las especias
Amboina, Banda, Ternate y Tidore
con sus baúles, sus tragedias y sus aventuras
en el mar del llanto de Vespuccio y Magallanes

Y, que para detenerse ante mí,
solo baste, que me iluminen tus ojos
o el temblor del umbral de un sueño
para manchar la página en blanco.



LLAMA CÁLIDA Y DESNUDA

Ya no alcanzaré la belleza que pasa cerca de mí,
una llama cálida, desnuda,
a la que me condenan no tocar,
¿de qué vale haber recorrido todo el universo?,
pregunta mi todavía sangre en llamas.

Sin embargo nada me asusta, vi infinitas como ésta
y las pude palpar cuando quise
y me besaron con su fuego cálido por siglos,
en los graneros olorosos de la luna llena,
en los árboles sin ramas de una ciudad abrasada por el fuego
así fui feliz sin darme cuenta del paso del tiempo.

Y he aquí que me sigue esta belleza que hoy me es
prohibido siquiera rozar,
está tan cerca de mi cuerpo, me quema su perfume
calcinante.

Aunque he perdido la memoria de todos los lugares del
pasado
y en libros está escrito que viajé a las partes más remotas del
Universo;
sólo me han dejado para que sobreviva
una mirada melancólica
y también, como tormento,
el fino olfato del tigre salvaje.



DE NOCHE, LA ESPOSA ACLARA

No.

No tengo las piernas de la Cindy Crawford.
No me he pasado la vida en pasarelas,
desfiles de modas, tostada bajo las luces de los fotógrafos.
Mis piernas son anchas ya llegando a la cadera,
y a pesar de mis múltiples intentos
por ponerme trajes aeróbicos y tirarme en el suelo a sudar,
no logro que pierdan esa tendencia a ensancharse
como pilares que necesitaran jugoso sustento.

No.

No tengo la cintura de la Cindy Crawford
Ni ese vientre perfecto, liso y ligeramente cóncavo,
con el ombligo deslumbrante en el centro.
Alguna vez lo tuve. Alguna vez presumí de esa región de mi anatomía.
Fue antes de que naciera Camilo,
antes de que él decidiera apresurarse a nacer
y decidiera entrar al mundo de pie;
antes de que la cesárea
me dejara cicatriz.

No.

No tengo los brazos de la Cindy Crawford
Tostados, torneados, cada músculo fortalecido con el ejercicio indicado,
las pesas delicadamente balanceadas.
Mis brazos delgados no han desarrollado más musculatura
que la necesaria para marcar estas teclas,
cargar a mis hijos, cepillarme el pelo,
gesticular discutiendo sobre el futuro,
abrazar a los amigos.

No.

No tengo los pechos de la Cindy Crawford,
anchos, redondos, copa B o C.
Los míos nunca han sido muy lucidores en los escotes,
aún cuando mi madre me asegurara
—madre al fin—

que los pechos, así separados, eran los pechos griegos
de la Venus de Milo.

Ah! Y la cara, la cara de la Cindy Crawford, ni se diga.
Ese lunar en la comisura de la boca,
las facciones tan en orden, los ojos grandes,
el arco de las cejas, la nariz delicada.
Mi cara, por la costumbre, ha terminado por gustarme:
los ojos de elefante, la nariz con sus ventanas de par en par,
la boca respetable, después de todo sensual.
Se salva el conjunto con la ayuda del pelo.
En este departamento sí puedo aventajar a la Cindy Crawford.
No sé si esto pueda servirte de consuelo.

Por último y como la más pesada evidencia,
no tengo el trasero de la Cindy Crawford:
pequeño, redondo, cada mitad exquisitamente delineada.
El mío es tenazmente grande, ancho,
ánfora o tinaja usted escoja.
No hay manera de ocultarlo
y lo más que puedo es no tenerle vergüenza,
sacarle provecho para leer cómodamente sentada
o ser escritora.

Pero decime:

¿Cuántas veces has tenido a la Cindy Crawford
a tus pies?

¿Cuántas veces te ha ofrecido, como yo, ternura en la mañana,
besos en la nuca mientras dormís,
cosquillas, risas, el sorbete en la cama,
un poema de pronto, la idea para una aventura,
las premoniciones?

¿Qué experiencias te podría contar la Cindy Crawford
que, remotamente, pudieran compararse con las mías,
qué revoluciones, conspiraciones, hechos históricos,
tiene ella en su haber?

Modestia aparte, ¿será su cuerpo tan perfecto
capaz de los desaforos del mío,
brioso, gentil, concedor de noches sin mañana,
de mañana sin noche,
sabio explorador de todos los rincones de tu geografía?

Pensalo bien. Evalúa lo que te ofrezco
Cerrá esa revista
Y vení a la cama



ARLES 1996 - MIXCOAC 1966

“El estado más puro de nuestra vida es el adiós”

Péter Dobai: *Campanas apagadas*

Ahora el mistral en su furia agarra todo, lleva todo,
arrebata todo: follajes, olas, olores, el color de las
faldas de las mujeres, las miradas desde
las ventanas, el amarillo quemado de las casas.
Miro desde el muelle el puente de un extremo a otro,
de un barrio a otro, a una ciudad que se desvanece,
a una soledad que crece, que no ha dejado de crecer.
Teníamos diecisiete años y el patio de la escuela
era inclinado y grande y no necesitábamos decir
ayer porque mañana ilusionaba todo.
¿Qué ayer puede tenerse a los diecisiete años?,
pienso, mientras el Ródano se aleja bajo el puente
y las golondrinas se ponen de amarillo
para medir el trigo y llamean de azul
para anidar el cielo.
¿Y qué pájaro sabe decir adiós como las golondrinas?
¿Qué pájaro mide treinta años en un adiós sin fechas?
Entre ella y las golondrinas quedaba
el verano a la distancia.
El mistral se contrapone a las ventanas,
las miradas huyen, y yo lo oigo, y hay algo
en él, algo, algo en el viento poderoso
—la fuerza, la fiereza, el combate—
que yo hubiera querido comparar a mi vida
—mientras el viento golpea los plátanos, la fachada

del cine y golpea de nuevo la fachada de
la capilla. Golpea.
¿Hubiera sido? Hubiera sido, sin duda.
Pero hoy sólo oigo el mistral sobre el follaje,
la rabia del mistral tremendo en pandemónium,
y el puente se ahuyenta, la ciudad se borra,
antes, claro, de esos diecisiete años, cuando
yo decía en el patio: “Eres la reina”, y ella
me decía: “No sé...tal vez...”



PAOLO RUFFILLI

Rieti, Italia (1949)

POESÍA

LA ALEGRÍA Y EL DUELO (fragmento)

Como callar y de paso
fingir que no se
ve la herida,
temer sólo
que se termine...

dejados ir
y condenados
a la deriva.

Remitido y vencido
el miedo fuerte
de la sepultura,
el espectro de la fosa
donde el yo no viva,
mirar a la cara
y no considerar ya
una amenaza
o una vergüenza
la cuchilla
que corta el hilo.

Para reconciliarse
con los ciclos inmutables
y readaptarse
a la propia suerte.

Porque el luto
llama la vida,
no otra muerte.



OSWALDO SAUMA

San José, Costa Rica (1949)

POESÍA

MIRÁNDOLA DORMIR

todo hombre es su propio sol
en la media noche del hastío
cuando los grillos chillan
como fuego endemoniado
y las estrellas
están más distantes que nunca

bajo la luz del aguardiente
todo hombre
apaga
la lumbre interior de la nada
mientras mira dormir a la mujer
que le cedió el destino
no la que le inventó la ilusión

todo hombre
que como yo se emborracha
junto a la mujer
que nos huye en sueños
evade
la necesidad del otro
hace de su fracaso
un tintineo abstracto
y se bebe en silencio su perdición



DAISY ZAMORA
Managua, Nicaragua (1950)

POESÍA

INSTANTÁNEA

De la mano de su novia
—lirio, azucena, junco—

el muchacho ciego cruza la calle.

El sol poniente
dorándole la espalda
como hoja de otoño.

Almendras de Jordania

Después de tantos años,
qué golpe oscuro al alma,
cuánto de lo perdido
regresa a la memoria
de aquellas celebraciones inocentes
de dientes de leche y bocas puras,
al entrever fugazmente
los óvalos de almendra
como hostias níveas

en una dulcería que miré al pasar.



CABÁLGAME DE OLVIDO

No me rompas aún,
que quiero cabalgarte
como antes a la noche,
porque a golpe de invierno
recorrí los olvidos
desde la repetida imagen del recuerdo
que no redime nada.
¡Qué inevitable el laberinto!
Hurguemos en su lecho
y escíbeme en su piel
que ya soy sombra.



EVITA

Señor, ¿por qué me dejaron sola,
desterrada en carne viva del amor?
¿Quién veló el cielo de mi cuerpo,
esta belleza rota que todos miran?

Ay, mi pueblo, ángel bienhadado.
Voz errátil, lágrima que no cesa.
Diadema venerable en la bruma.
Aguamiel de la rústica utopía.

Señor, ¿cuándo despenaron la noche?
¿Para qué gasas, talismanes, espejos,
el punzante ardor de quien urdió mi
hora?

Señor, ¿por qué en ti estoy más sola?
Déjame el último resuello de sueño.
Quiero alzar este escuálido cuerpo,
suplir mi lecho de madre moribunda.

Ay, mi pueblo. Ansia y muro.
Tibia sangre de la memoria encinta.
Hoguera de corazones al desamparo.
Indulgente luz que aún me contempla.



PETRÓLEO & CONCIENCIA

Brindamos por nuestra propia extinción. ¡Salud!
En el cóctel de carbón: el primer helecho del mundo
y también nuestros huesos cuando desaparecemos.
En un año frígido, arde un millón de años.

El petróleo es la conciencia de la tierra, que apuramos
para apaciguar a nuestros dioses de las refinerías,
para nutrir a vehículos que no tienen cerebro,
y para llenar de combustible a los servidores salvajes,

supremos seres sin vida que flotan, vuelan y matan
en los lugares más remotos del planeta y de la mente,
dondequiera que elijamos imponer nuestra voluntad,
dondequiera que se refinan los fósiles de la avaricia.

Por los pulmones como hojas del Amazonas,
por los senderos cantados de la tierra del caribú,
perforamos el sueño de la tierra de un mastodonte.
Por la piel de las costas y los ojos de arena del desierto

taladramos las capas de la tierra: la psique,
los estratos de todos nuestros soles pretéritos,
y lo que nos mantiene cautivos de la memoria,
pozos oscuros de disoluciones y miedos cotidianos.

Llevamos petróleo crudo y no sangre en el corazón,
y aunque quizá no logre conmovernos
una corriente subterránea nos ayudará a emprender
el verdadero cambio de régimen que empieza en casa.



SEÑALES DE LA NOCHE

El sol nace para todos.
Los días son todos iguales.
La noche, no.
La noche tiene signos,
designios especiales.

La noche apura los sentidos,
vislumbra misterios,
nos desnuda del brillo
y deja revelar
límpidos sentimientos
que tarde tras tarde
se retarda, retarda, retarda...

El viento, hálito frío,
calienta pasiones olvidadas,
sopla cenizas que la vida
acumula en el alma,
enciende miradas,
revela secretos
que el día nos hace ocultar.

Con la fuerza suave del artista
que arranca de la nada notas
musicales,
la noche toca como azote
a quien le entiende sus
señales.



VISIÓN DE LAS CIUDADES DE CIBOLA

Desciende un leve manto de ceniza dorada
y vibra mientras preña la vegetación del desierto.
Todo es ilusión, me dice la voz, oriflama que bate
con fuerza el airoso velo insistente y traslúcido.

No verás construcciones, en el polvo sólo perdura
el aliento que todo lo daña y todo lo quema,
pero no dudes de su existencia, en su largo reinado
es una piedra que hiende la calma,
un pez fósil que recorre la escala celestial
dejando sin respiración a los escasos testigos.

Él olor de la lluvia puede indicar la cercanía del felino
pero sólo existen lágrimas entre las sombras nocturnas.

Sosteniendo la flor de cactus entre los dedos
la sangre adquiere el color áureo de las predicciones.

La erosión que consume a las siete ciudades,
la extenuación metálica de la superficie terrestre,
el derrumbe de la roja lengua de la catástrofe
sobre la leyenda que el exterminio predijo,
al saltar los adarves y no encontrar nada.



NUBES DE OTOÑO

La nube negra del ruido
y del asedio nos cobija
este día sin sol y sin palabras
que suspendida hiela la calle
donde habito.

En el dedo anular
sobre diamante ancho
la sombra asoma,
oscurece mi luz como mi córnea
con mancha blanquecina
en la pupila.

Recuesto mi cabeza en el gonce
de tu axila
penetro así en el mundo
de mis fantasías
cuando el abrazo de mi padre
cerraba con sus manos
el mosquitero de gasa
guardándome de ruidos
y de insectos
del asedio del miedo
de mi imaginación.

En tu pecho busco
el algodón en rama,
la seda deshilada
las motas que cierran mis oídos
a los ruidos.

Nada es mayor que esto:
Amar y ser amado.
No hay mayor plenitud
que este valle mayor,
esta cuenca de río
en la que tus palabras
y las mías
afluyen.



LOS DÍAS HERIDOS

Esta noche hay un olor fétido en el aire
sin duda es el olor de un país que muere
como en aquellos años de la corrupción
cuando mi infancia era una parvada de golondrinas
y mi padre enfermo

ya nunca fue el mismo.

Hoy persiste ese olor tan fétido en el aire
y mi padre

no está aquí

para limpiarlo



LUIS CHAVES

San José, Costa Rica (1969)

FOTO PARA EL PERIÓDICO

Una ciudad en escombros,
tres o cuatro viejos convencidos
por fin de partir.

Y atrás un perro
que, una vez pasado el peligro,
olfateando entre el metal retorcido
y las paredes convertidas en aire,
regresa a buscar
su pote de alimento,
su alfombra al pie de cama,
su mano en la cabeza.



LA TORTUGA

La tortuga cierra en su coraza
un río que nace del insomnio,

en la fuente donde brota una alabanza
cada noche una luna eléctrica.

En su lento caminar por la arboleda
cuatro rumbos sostiene la tortuga

para alimentar de tiempo
el corazón de las palabras.



MARTHA LEONOR GONZÁLEZ

Boaco, Nicaragua (1972)

EN UN ESCOMBRO DE LA VIEJA MANAGUA

Navajas con filo se deslizan sobre pezones vírgenes
el golpe sobrevive ante el pavor,
la mano empuña, amenaza
es la vara que mide un cuerpo
lo recorre a prisa,
voraz otra vez se detiene y avanza
la puñalada llega y se va
hasta cegar los ojos negros
de la limpia vidrios de desdentado rostro,
matemática fue la hora de su nacimiento
para que el padre negara su existir
y le fue concedido su reino
de habitar entre latas y cartón
erigido el lugar habitado por la nada
que frente a los autobuses
se estaciona
y un semáforo es su único acompañante



FRANCESCA RANDAZZO

Tegucigalpa, Honduras (1973)

ROCE DE TIERRA

Amanece
doloroso en mi garganta.
El sol despunta
entre las piernas,
nublado y seco.
Alguien busca
tropieza,
intuye
detrás del vidrio.
Voces
se pasean
por mi ropa,
una mano
las sacude;
mis pies
ya no están,
trato de recordar
la puerta
que no atravesaron.
Pruebo dar un paso
pero sólo mis ojos
avanzan
y encuentran
el miedo.

Escarbar con los ojos
los lugares más inciertos,
resbalar a veces las manos
olvidar por descuido
el corazón;
regresar en busca
de mi boca,
descansar en pos
de un recuerdo
o de un futuro.
Cicatrices
Alimañas
rosas,
invariables,
insistentes.
Perpetuando
la unión del polvo y las
piedras,
habitando
las grietas de los muros.



JAVIER PAYERAS

Ciudad de Guatemala, Guatemala (1974)

DIVIDIDOS

Hoy tienes otro tiempo/ crímenes de pequeñas luces
caída de las hojas/ todo se ha rendido al azar
un accidente sopla verde desde la luna
sangre en tinto hace latir sus venas veloces
criaturas de papel y teatros fotográficos
fulminados de alma/ lluviosos de días
por cicatrizar su dolorosa piel
surco de ráfagas/agita banderas
blanca explosión del estío
filtrando el cristal con sus gritos
ni remordimientos sin leyes precisas
su demasiada carga/ un golpe leve del viento
velocidad inaudita de tanta claridad
de flores sedientas/ la pared
dividido incendiar en el vacío
lo que es/ lo que persigue
la música que brilla entonces como aceite
un satélite crisálida/ pan destrozado
gotas de nieve rancia/ en compás
recorren músculos trenzados los puentes
piel/ locura/ otoño/ vena de sangre espesa
buscando morir en el charco



CARLOS PARDO

Madrid, España (1975)

POESÍA

FUGA

La luz, al menos, es la misma,
ligera y fiel,
y el viento echa a perder los nomeolvides
que ella cuidó disciplinada. Buscaré
dóciles ideales para matar el suyo
de abandono. El perdón
obsceno luce un quiste:
la idea del regreso.

Sus quejas vegetales, me repito,
y, aunque no explica, da seguridad.

Tomo impulso.
Cubre las azoteas humo
blanco. Los sentimientos,
como el aire están llenos de microbios.
Por todas partes.